

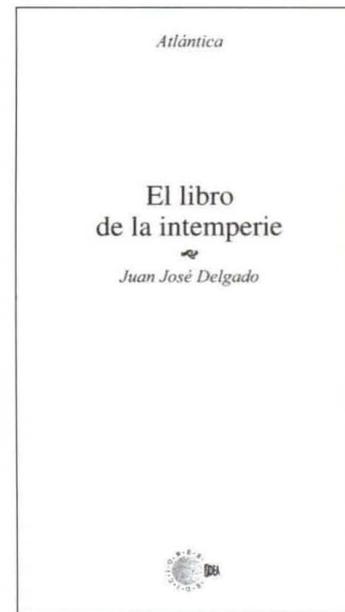


RESEÑA

# A CIELO DESCUBIERTO

EL LIBRO DE LA INTEMPERIE, DE JUAN JOSÉ DELGADO

CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS



EL LIBRO DE LA INTEMPERIE  
JUAN JOSÉ DELGADO  
EDICIONES IDEA, TENERIFE, 2005

**S**e dice que el propósito literario nace de la personalidad del escritor y, en la Poética que introduce *El libro de la intemperie*, su autor nos habla del suyo, sin siquiera proponérselo –como hace casi siempre–, dejando que sean los demás quienes leamos entre líneas.

Por eso, con frecuencia, su palabra nos desconcierta, porque ante un atisbo de afirmación que nos llena de expectativas, surge enseguida una nueva pregunta, y la respuesta es un “acaso” que nosotros tendremos que descifrar.

Así el poeta, orteguianamente afirma que él es él, pero acompañado de sus circunstancias: habituales y cálidas unas, premonitorias y amenazantes otras, y su yo en el medio, intentando nivelarlas; sintiéndose habitante de una isla que es, a veces, él mismo y que es también otra pregunta, desde la que pretende darnos una visión de ese mundo contradictorio.

Pero para eso es necesario que su poesía tome las armas, y acude entonces, en su primer poema, a la leyenda de Tirteo, el viejo maestro cojo y tuerto, que no conoce el

manejo de las armas, pero que con sus himnos consigue que sus soldados venzan en todos los combates. Un primer poema que abre *la Intemperie*, título de la primera parte de este libro y que es también el primer paso al interior de la palabra, evocación y duda, luz y tiniebla que, en directa relación con lo humano, nos va a conducir a la realidad. Una palabra que no admitirá concesiones, pero sí momentos en los que el gozo de vivir derribará las fronteras del miedo.

La poesía armada va así al encuentro de la voz del poeta. Una voz que nos remite a sus libros anteriores, sobre todo a *Comensales del cuervo* y a *Un espacio bajo el día*, en los que, como en este libro, Juan José Delgado se mueve entre la luz y la sombra y en ese territorio del misterio crea y recrea espacios, juega con el lenguaje para envolvernos en sensaciones nuevas y se comunica entre el punzante dardo de la ironía o el dolor y la ternura.

En *El libro de la intemperie*, el poeta, para hacer su palabra más cercana y por ello, a veces, más terrible, se pone en el lugar del otro, aunque eso suponga internarse en el lado oscuro de la existencia, como ocurre en el poema “Soliloquio del terrorista”: ese lugar donde “todo es lícito”, donde “se crea el agujero y la sangre que abandona las venas”, en el que se pierde la dignidad de ser hombre. De ahí la soledad del monólogo, donde el verso deja de serlo y se convierte en prosa, en un discurso amargo que nos señala los límites del infierno.

Después, inevitablemente, llega la explosión –breve, y por ello más dolorosa y destructora– que nos sorprende, inermes, y nos hiere en lo más profundo, con sólo tres versos que confirman el extravío y nos traen a la memoria el horror, cercano aún en el tiempo:

*Un ruido de más extravía la mañana.  
Se detienen los trenes.  
Nuestros ojos tiran del dolor.*

Y ante este estallido de lo real, el poeta se convierte en testigo y acusador, por encima de toda interferencia política o de todo narcisismo que pudiera hacerlo creer profeta o santo. Porque lo único que pretende es reflejar la realidad del hombre, sus pasiones y limitaciones que son también las suyas

A partir de aquí vemos cómo el verso libre alterna con una suerte de prosa versicular, pues Juan José sabe bien que el verso es sólo una forma, no siempre válida para lo que se quiere expresar en un determinado momento, y por eso elige una manera distinta de escribir poesía, cercana a lo que llamamos prosa, pero con una auténtica percepción poética que le da sentido.

Llega un momento en el libro en el que su autor parece darse cuenta de que ya ha tensado mucho la cuerda de la angustia y entonces se permite un pequeño giro, a través de la ironía que, de esta forma, impide el desbordamiento; recurso irónico que se manifiesta, ya desde la ambigüedad de los títulos de los poemas como “El Mandatario” o “Transustanciación”, o en el transcurso de los mismos, como ocurre en “Acecho”, cuyo final, dirigido a un “tú” desconcertado, también nos desconcierta.

De esta manera, nos confirma lo que habíamos intuido al leer su poética, y es que Juan José se sabe habitante de un mundo contradictorio del que es observador y parte, pues su manera de estar en ese mundo se mueve entre el “yo” y el “nosotros”, entre la relación consigo mismo y el maridaje con el mundo que lo rodea; y es ahí donde surge el conflicto.

Ante esas contradicciones se hace necesario tomar posturas y el poeta elige la ironía, pero al sentir que nada de lo humano le es ajeno, esa postura irónica se hace inseparable de una actitud ética que lo lleva a preguntarse sobre la verdad de los seres y de las cosas y a tomar partido ante la incoherencia de la vida.

En la ironía de Juan José Delgado se observa, por un lado, un intento de distanciamiento para reflexionar sobre la verdad del mundo y, por otro, un desdoblamiento que le permite contemplar, también a distancia, el yo subjetivo, como ocurre en el poema “Secuestro a mí mismo”, donde la contradicción del título se ratifica en ese diálogo con un “tú” secuestrado que, irremediablemente, termina inquietándonos con una pregunta que, a pesar de estar dirigida a sí mismo, nos implica a todos: “¿Habré ido cavando en mí/ este vacío que ya nada habita?”

Para buscar una posible repuesta, el poeta recurre al recuerdo, afilado como la espada de su Memorial, en cuyos versos, de sólo cuatro sílabas, la propia espada nos habla de su origen, en el lugar del primer fratricidio de la historia, y de esa naturaleza suya, de doble filo que, al igual que la palabra, puede romper

“por dentro/la vida”. Una espada que termina siendo empuñada por “ángeles terribles”, convertida en espada de fuego: arma de escisión entre el paraíso como lugar de felicidad y la tierra como lugar de castigo.

Pero la intemperie también puede ser un espacio para el amor, aunque sea “De oculto”, y el verso se carga de una sensualidad inusitada que nos traslada a un edén particular, donde el deseo nos advierte de la peligrosa atracción de los cuerpos. Amor como antídoto del dolor, pero también como una lucha entre el deseo y el temor atrayente a que se realice.

Y esta sensualidad nos abre la puerta a *Especie*, la segunda parte de este libro donde la palabra, aun conservando toques de ironía, se convierte en el origen de todo; y por ella nombramos a aquel en cuya imagen descubrimos nuestra semejanza -no en vano fue poeta quien inventó a dios-.

Génesis especialísima en las que “los árboles se van de copas”, en un juego de lenguaje que se convierte en el ansiado respiro, en una tregua a la tensión y el frío acumulados por la *Intemperie*.

Todo ello gracias a una palabra contundente y poderosa que el escritor, en el 5º poema de esta segunda parte, desea incluso convertir en blasfemia: palabra anunciadora de fuerza vital que denuncia la camuflada voz calculadora y química. Un auténtico manifiesto poético más claro, si cabe, que el del inicio del libro.

Estamos ahora ante una serie de poemas vitales y luminosos redentores de la intemperie, donde la memoria regresa al valle, el mismo valle de *Un espacio bajo el día* que el poeta recuerda con la ternura de quien lo ama, porque de él procede y en él pasó sus años de nidos, siegas y bailes de madrugada.

Si como dice José Antonio Marina, la primera relación que tenemos con el mundo es, necesariamente, afectiva, el recuerdo del poeta de esa primera relación con el valle, que fue su mundo, también lo es. Por eso lo guarda “como si alguien/ lo hubiera envuelto en un pañuelo”, hermosísima imagen que nos remite a la calidez de una mano o de un regazo materno y acogedor.

Y es tal el poder de la memoria y la palabra unidas, que hasta nosotros llega el olor a vainilla y oímos el “dulce lamentar”, con el que el autor de *El libro de la Intemperie*, hace un guiño al poeta soldado, lo que no podría ser menos en un libro de amor y de guerra como es este, donde el poeta toma “ora la espada, ora la

pluma”; sólo que aquí se aparta del artificio bucólico garcilasiano y nos lleva a una realidad mucho más cercana.

No es este el único homenaje que hace Juan José en este libro. A su lado está también Antonio Machado y ese último verso suyo encontrado en su abrigo: “Estos días azules y este sol de la infancia” que parece prevenirnos del duelo que ya se hace patente en el poema siguiente, donde los espejos repiten las llamas de las velas, mientras alguien entona su propia elegía en el lado oscuro del azogue.

Vuelve a encogerse aquí el corazón y nos hace tomar conciencia del paso inevitable del tiempo, del latir de los días; y apenas nos basta el sueño para tener la certeza de cómo se va perdiendo la mañana.

Pero tal es el destino de la especie, de nuestra especie, en continuo nacer y morir, buscando en la palabra algo que nos rescate del tiempo y del olvido, aunque esta palabra se ponga en entredicho y se nos antoje ajena, mientras buscamos, como en el poema “Recherche”, nuestro tiempo perdido por las empinadas escaleras; nuevo guiño, esta vez proutsiano, del autor.

Ante la mentira del mundo, el poeta vuelve de nuevo al valle, pero esta vez es un regreso al presente, lo que supone el desasosiego de la pérdida, el choque de la realidad con un deseo prolongado en la memoria, que ahora parece sucumbir ante la crudeza de este nuevo mundo que se le ofrece.

Pero es sólo un instante porque de repente, irrumpe el sol iluminando las palabras por las que el poeta recoge los latidos del cosmos que son sus propios latidos. Y aunque “el hoy es ayer”, nada detiene el amor de las mareas que crecen hacia la luna.

Así llegamos a la última parte, cuyo título *Fuga*, es una síntesis de la poesía de Juan José Delgado; pues todo el libro es una fuga, en el sentido musical de la palabra, es decir, una composición que tiene por base un tema y su contrapunto. Y no se nos esconde que el gran tema de *El libro de la intemperie* es la vida, con su contrapunto de muerte y violencia que hace que el poeta se decida y declare la guerra a la guerra, venga de donde venga.

Y lo hace con una poesía armada y rotunda, que nos lleva a creer que basta un simple aleteo de mariposa para emprender el vuelo deseado, al que se unirán las pesadas catedrales, nuestras voces y el mar “a la hora del levante despertino”. Un término,

“despertino” que el poeta se inventa para que puedan cantar los despertadores y la palabra en el tiempo vaya colocando “cada cosa en su sitio”

Pero la historia, la nuestra y la de todos, que es, demasiadas veces terrible y está llena de muerte, necesita otro contrapunto y este nos lo ofrece Juan José Delgado en los bellos poemas finales: hermosos “carpe diem” que nos invitan a entrar en el combate de la vida, el único que, al fin y al cabo, vale la pena.

Con *Proverbio*, poema final de este libro y que se inicia con “Nunca se debe decir nada que no sea más bello que el silencio”, Juan José hace un sutil “mutis por el foro” y nos deja de nuevo solos y a la intemperie, pero ahora con la conciencia de que la palabra tiene el poder de encender las estrellas y hacer más cálido el lugar de nuestra lucha.